

ISABEL TESTÓN NÚÑEZ
ROCÍO SÁNCHEZ RUBIO
M^a. ÁNGELES HERNÁNDEZ BERMEJO

EL BUSCADOR DE GLORIA
GUERRA Y MAGIA EN LA VIDA
DE UN HIDALGO CASTELLANO
DEL SIGLO XVI



CENTRO DE
ESTUDIOS CERVANTINOS
Alcalá, 1998

ÍNDICE

Prólogo.....	3
Historia de una historia.....	7
I- El final del viaje.....	15
II- La cuna del soldado.....	45
III- La guerra y la gloria.....	73
IV- Una pica en Flandes	99
V- De la guerra hacia <i>El Dorado</i>	147
VI- El hombre de Zacatecas	181
VII- Nay, May, Pay.....	199
Un posible final	225
Familia de Juan de Medina Venegas	229
Otros Personajes	233
Índice	239

HISTORIA DE UNA HISTORIA

Juan de Medina, el protagonista de este libro, fue destinado por los suyos a la gloria y buscó esta aspiración suprema con gran ahínco a lo largo de su vida. Sin embargo, su trayectoria vital deja al descubierto una realidad absolutamente distinta: no sólo su éxito fue un eterno imposible, sino que también estuvo a punto de no dejar huella alguna capaz de dar fe de su paso por este mundo. Por un cúmulo de razones diversas, los restos documentales que pudieran testificar la existencia de este hombre, que nació y vivió en la segunda mitad del siglo XVI, han sido destruidos por la desidia humana y el transcurrir del tiempo. Ni siquiera se ha conservado su partida de bautismo.

Juan de Medina pudo quedar en el anonimato. Pero, tal como ha ocurrido con otros muchos hombres del común, su página en la historia comenzó a escribirse, paradójicamente, no para ensalzar sus hazañas y su gloria, sino para reprimir sus conductas desviadas de una norma que social, moral y legalmente se interpretaba como válida. Porque si hoy sabemos que este apasionante personaje existió, es gracias al proceso que en 1592 abrió contra él la Inquisición de Nueva España acusándole de haber realizado "adivinaciones, conjuros y hechicerías supersticiosas"¹. Es más, ni siquiera este proceso hubiera tenido entidad suficiente como para abrirle a Juan de Medina un pequeño hueco en el olimpo de los seres historiados, porque, a fin de cuentas, no dejaba de ser uno de los muchos hombres que en su tiempo recurrieron a la magia como escape purificador de temores contenidos y también, por qué no decirlo, como medio de ganarse la vida en un mundo difícil y hostil para los débiles.

¹ El proceso que la inquisición novohispana abrió contra Juan de Medina se encuentra custodiado en la sección de **Inquisición** del Archivo General de la Nación de Méjico. Vol. 206. exp. 3.

Juan, a pesar de sus prácticas mágicas y de su proceso, no hubiese dejado de ser un nombre y, sobre todo, un número más de la seriación y cuantificación, a la que habitualmente sometemos a los seres que fueron procesados por los tribunales de justicia en tiempos pasados. Pese a todo, pudo quedar en el olvido, y no ha sido así por una circunstancia parcialmente ajena a su trayectoria vital, pero que hacía su proceso tremendamente atractivo: un libro y dos pergaminos con cercos que lo acompañaban como pruebas de las culpas imputadas. Eran, ni más ni menos, que el instrumento de trabajo de Juan de Medina; un maravilloso material que actuaba como reclamo, invitando al investigador a penetrar en el complejo mundo que se escondía tras sus polvorientas hojas, cansadas de dormitar en los estantes del archivo. Rocío Sánchez Rubio, el componente de nuestro equipo que gozó del privilegio de tenerlo en sus manos en el Archivo General de la Nación de Méjico, recibió ese impulso, esa sensación y nos puso en alerta.

¡Valía la pena intentarlo! El libro de trabajo de Juan de Medina, herencia inmemorial de un pasado que se pierde en el tiempo, merecía ser publicado. Rocío Sánchez recordaba su forma pequeña de pliego en octavo, y su contenido repleto hasta rebosar de manos surcadas de rayas que se cruzaban una y otra vez, de oraciones, conjuros y ensalmos, tantas veces musitados por Juan de Medina, y por otros antes que él, a unos seres anhelantes, que con la respiración entrecortada oían el murmullo de las palabras que fluían de una boca para ellos remedio de sus males, consuelo de sus angustias.

¡Valía la pena intentarlo! Estábamos convencidas de ello. Y así, con la ilusión que invade al investigador cuando pone en marcha un nuevo proyecto, nos lanzamos a la aventura de recuperar la vida y, sobre todo, las artes mágicas de Juan de Medina. Por entonces ignorábamos el imposible de nuestra tarea.

Habíamos considerado la posibilidad de publicar el libro en su totalidad, realizando una edición crítica del mismo, con la vida y el proceso de Juan de Medina como telón de fondo. Procedimos a iniciar los trámites para hacernos con el material documental pertinente y entonces la sorpresa nos sacudió como un latigazo: el libro que hacía tan sólo dos años había tenido Rocío Sánchez en sus manos ya no se encontraba en su lugar².

¡Menos mal que el proceso se conservaba íntegro! Lo leímos una y otra vez, buscando entre sus líneas alguna prueba que nos confirmase la existencia del

² Pese a las múltiples gestiones e indagaciones que hemos realizado para la localización del libro, ha sido imposible hallarlo, aun cuando hemos contado con la valiosísima colaboración del personal del Archivo de la Nación de Méjico, a quien desde estas líneas manifestamos nuestra gratitud. Desde que el libro estuviera en nuestras manos hasta la constancia de su pérdida apenas si transcurrieron dos años, tiempo en el que la documentación de pruebas del proceso desapareció.

libro, que nos convenciese de que no habíamos soñado. Y al fin, en boca de Juan de Medina, supimos de su existencia. Lo describió como "un libro pequeño de molde, en que estava pintado en la hoja del libro una mano, y en cada raya de tal mano como digamos la raya vital y otras, así una letra de las del abeçé, y luego escrita la significación de cada raya y de cada cosa en particular"³. Pero nuestra lectura del proceso tuvo otro efecto positivo, pues conforme íbamos adentrándonos en él más nos iba cautivando este personaje tan singular llamado Juan de Medina. Habíamos llegado a él por puro azar, pero ahora que conocíamos un poco de su vida, tan repleta de matices, nos resistíamos a abandonar sin profundizar un poco más en ella.

¿Quién puede resistirse ante una existencia tan intensa como la que Juan de Medina ponía ante nuestros ojos? El libro fue perdiendo poco a poco entidad, se fue desmaterializando, a la par que la figura de nuestro personaje iba adquiriendo mayor fuerza, se iba dibujando con mayor nitidez. Juan acabó convirtiéndose en el protagonista absoluto de nuestra investigación. Intentábamos saber más y más sobre este badajocense que anduvo errante por el mundo y acabó con sus huesos en las cárceles del Santo Oficio mejicano. Queríamos descubrir el porqué de esta vida peculiar, entender las causas de su exclusión y escudriñar las razones de su mala fortuna, porque aparentemente Juan no cuadraba en el espacio social en el que desarrolló su existencia; su fracaso y desarraigo nos parecían, a todas luces, impropios del descendiente de una familia hidalga de la Extremadura del siglo XVI. Poco a poco las fuentes fueron contestando a buena parte de nuestros interrogantes, hasta el punto de llegar a adquirir pleno convencimiento de que a Juan de Medina Venegas le había llegado la hora de pasar a engrosar el nutrido grupo de los hombres con historia, tal como él y los suyos habían deseado, aunque, eso sí, por razones bien diferentes. Una historia que brevemente vamos a tratar de sintetizar, con el objeto de situar al lector en el escenario de los hechos que constituyen la narración de este libro.

Justamente cuando se cumplía el primer centenario de la llegada de los españoles a América, en octubre de 1592, fue detenido y procesado por la Inquisición de Nueva España este extremeño emigrado a Indias doce años atrás. Su vida se había iniciado treinta y ocho años antes en tierras badajocenses, en el seno de una familia de la pequeña nobleza local. Su estancia en suelo extremeño fue más bien efímera, pues él mismo declaró haber salido de su tierra natal a una edad muy temprana -contaba sólo siete años-, para marchar con una compañía de soldados de los Tercios viejos. Este viaje le llevó a atravesar buena parte de Europa,

³ AGNM. vol. 206. exp. 3. fols. 117-117v.

siguiendo el camino habitual de los tercios españoles. En tierras italianas y flamencas permaneció al servicio de su rey, Felipe II, por espacio de diez o doce años. Su periplo por Europa supuso para Juan algo más que el aprendizaje de la guerra. En Lovaina mejoró sus conocimientos de lectura y aprendió el arte de la escritura. Pero, sin duda alguna, su mejor experiencia en tierras europeas la vivió en la ciudad de Gante, donde conoció al maestro Jacques Rosas, un anciano centenariano, que le introdujo en el maravilloso mundo de la magia. Un mundo que sedujo a tantos y tantos hombres de su tiempo.

Podemos intuir que Juan no tenía madera de guerrero, aunque el ejercicio bélico era el único oficio honorable que le habían enseñado. Así, cuando las expectativas en tierras flamencas comenzaron a difuminarse, Juan fue en busca de nuevos espacios donde poder ejercer su oficio. De este modo, allá por 1579 reinició la aventura de la emigración, esta vez hacia las Indias, para participar también como soldado en las campañas de conquista de Nueva Galicia y Nueva Vizcaya. La fortuna tampoco sonrió a Juan en tierras americanas. Había llegado buscando una guerra que le diera la oportunidad de alcanzar la gloria, y se encontró con los coletazos finales de la gran empresa conquistadora, donde ni siquiera los más audaces eran capaces de conseguirlo. A los pocos años de su llegada todo, o casi todo, acabó y Juan se encontró sin una batalla en la que pelear. La vida continuaba inexorablemente su ritmo. Buscó nuevas formas de supervivencia en Méjico: transportando leña de los Altos a los Llanos con una recua de mulas de un labrador y practicando las artes quirománticas y hechiceriles, que dieron con sus huesos en las cárceles inquisitoriales.

Esta breve síntesis de la vida de Juan de Medina Venegas, en apariencia uno más de los muchos espíritus aventureros que forjó la Europa del siglo XVI, nos acerca a una realidad que supera con mucho la individualidad. Juan de Medina es, sin duda, una de esas individualidades que poseen el tremendo atractivo de servir de exponente de una realidad social y vital común a buena parte de los hombres de su tiempo. Unos hombres cuyas vidas han sido enterradas bajo la losa de los grandes personajes. Su papel en la historia ha sido silenciado durante demasiado tiempo y, lo que es peor, hemos ignorado sus aspiraciones, sus sentimientos, sus deseos y también sus frustraciones.

Es decir, el personaje de Juan de Medina entra dentro de la categoría de “persona base” o “personalidad modal” utilizando la terminología antropológica americana. Un individuo que no es aislable del conjunto social y que trasciende la singularidad por cuanto representa una determinada categoría social. El personaje de esta historia posee el valor de ilustrar como pocos una realidad no siempre perceptible en el análisis histórico global. En primer lugar, sin que esto signifique una priorización, se observa en su trayectoria vital un comportamiento